



Postconvencionales

No. 1, enero 2010, pp. 98-115

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



La psicología moral en la encrucijada*

Daniel K. Lapsley y Darcia Narváez

Universidad de Notre Dame, EEUU

Resumen

Aquí bosquejamos la “era post-Kohlbergiana” de la psicología moral, problematizando la relación psicología-filosofía. Si bien reconocemos las contribuciones de la teoría de etapas morales de Kohlberg para la psicología y la educación, creemos que la misma ha quedado al margen de los nuevos desarrollos psicológicos y no satisface las necesidades de los educadores del carácter contemporáneos. Basados en una descripción socio-cognitiva de la activación del conocimiento, proponemos un nuevo enfoque de la adquisición de virtudes, de la identidad y del comportamiento moral no reflexivo, que elude algunos de los rompecabezas del enfoque evolutivo-cognitivo. También abordamos la cuestión de los límites disciplinarios, ya que el legado de Kohlberg le debe mucho a su compromiso con ciertos supuestos filosóficos sobre la moralidad, pero muchos filósofos que no comparten tales compromisos, cuestionan con razón cuáles deberían ser las fronteras entre la psicología moral y la filosofía moral. Sostenemos que el enfoque socio-cognitivo de la personalidad moral restablece esas fronteras al marchar desde una psicología moralizada hacia una moralidad psicologizada. Aunque esto implica reconsiderar el principio del fenomenalismo como base común, la perspectiva socio-cognitiva representa una base alternativa, para una colaboración ya en progreso, en el campo emergente de la ética naturalizada.

Palabras clave:

Etapas morales, activación del conocimiento, psicología moral, filosofía moral, ética naturalizada

Abstract

[*Moral Psychology at the Crossroads*]. Here we outline the contours of the “post-Kohlbergian era” of moral psychology, raising questions about the proper relationship between psychology and philosophy. While acknowledging the contributions of Kohlberg’s moral stage theory to psychology and education, we believe that Kohlberg’s theory has become isolated from new developments in psychology and unable to meet the demands of contemporary character educators. Based on a social-cognitive account of knowledge activation we propose a new approach to the acquisition of virtue, identity and unreflective moral behavior that bypasses some of the conceptual conundrums presented by the cognitive developmental approach. We also address the question of disciplinary boundaries, because Kohlberg’s legacy owes much to his commitment with certain philosophically grounded notions about morality, but many philosophers who do not share those commitments rightly question what the borders of moral psychology and moral philosophy should be. We argue that the social-cognitive approach to moral personality re-sets these borders to the extent that we move from a moralized psychology to a psychologized morality. Although this requires us to reconsider the principle of phenomenism as a basis for collaboration, a social-cognitive perspective does provide a basis for ongoing collaboration with ethicists in the emerging field of naturalized ethics.

Key words:

Moral stage, knowledge activation, moral psychology, moral philosophy, naturalized ethics

* Publicado originalmente como: Lapsley, D. K., and Narvaez, D. F. (2005). *Moral Psychology at the Crossroads*. En D. K. Lapsley and F.C. Power (Eds.) *Character Psychology and Character Education*, pp. 18-35. Notre Dame: University of Notre Dame Press. Traducido con autorización.

Tabla de contenidos

El paradigma de Kohlberg
Un paradigma al margen
Un nuevo punto de partida
Problemas limítrofes
El fenomenalismo y el dominio psicológico
La moralidad psicologizada y la ética naturalizada
La activación del conocimiento y la personalidad moral
Resumen y conclusión

El paradigma de Kohlberg

Hasta hace poco, el estudio del desarrollo moral estuvo dominado por la tradición evolutivo-cognitiva y sus teorías basadas en etapas. Dicha tradición sostiene que el razonamiento moral se aproxima gradualmente a una forma ideal o perfeccionada de operación, como resultado de acomodaciones sucesivas que tienen lugar en el transcurso del desarrollo. Estas acomodaciones van extendiendo, elaborando y estructurando progresivamente la cognición moral, y son descritas como etapas que poseen ciertas propiedades organizativas y secuenciales. El ejemplo más vívido de una secuencia de etapas morales es, por supuesto, la bien conocida teoría de Kohlberg. De hecho, en la historia de la psicología son pocos los teóricos que hayan tenido una mayor influencia que Kohlberg sobre las teorías evolutivas y las prácticas educativas. Su adopción del constructivismo Piagetiano, sus escritos sobre los fundamentos evolutivos de los razonamientos sobre la justicia, y sus innovaciones educativas, han dejado una marca indeleble sobre la psicología evolutiva y la educación.

Kohlberg sostuvo, por ejemplo, que su teoría de etapas proporcionaba los recursos psicológicos necesarios para derrotar al relativismo ético. Su programa de investigación evolutivo-cognitivo planteó un serio desafío al estudio de la socialización según los enfoques conductistas y del aprendizaje social, devolviendo la moralidad al primer plano de la investigación científica en materia de psicología evolutiva. Las implicaciones educativas de su trabajo, todavía son evidentes en los currículos sociomorales (p.ej. la discusión de dilemas apuntando a “una etapa por encima” de la actual) y en los esfuerzos por reformar la estructura de las instituciones educativas (p.ej. las “comunidades justas”). Es claro, entonces, que el programa de investigación kohlbergniano ha tenido una saludable influencia sobre dos generaciones de académicos (Lapsley, 1996, 2006).

Pero también es cierto que la autoridad de la obra de Kohlberg ha disminuido significativamente en los últimos diez o quince años. Esto se puede explicar, en parte, por el declive general de la teoría piagetiana en la investigación evolutiva contemporánea. En efecto, la influencia general de la teoría de Kohlberg siempre ha estado inextricablemente ligada al prestigio y autoridad del paradigma piagetiano. Así que, cuando la hegemonía de Piaget sobre el campo evolutivo-cognitivo cedió el paso a concepciones alternativas del

funcionamiento intelectual, eso privó al enfoque kohlbergniano de la mayor parte de su apoyo paradigmático. Sin embargo, no por eso debería uno concluir que el estudio del desarrollo moral se ha beneficiado de alguna manera con la ola de innovaciones teóricas y metodológicas post-piagetianas, que inundaron a la psicología evolutiva durante las últimas décadas. Muy por el contrario, mientras el estudio de la cognición ha cambiado dramáticamente, adoptando una amplia diversidad de opciones teóricas, el estudio de la cognición *moral* sigue siendo, básicamente, una cuestión de estructuras cognitivas que se desarrollan a través de una serie de etapas.

Un paradigma al margen

Cómo fue que el desarrollo moral quedó aislado de los avances teóricos y metodológicos en otras áreas de estudio, es uno de los temas que exploraremos en este artículo. Al respecto, argumentaremos que la investigación en psicología moral, al menos en su vertiente evolutivo-cognitiva, se ha visto condicionada por su lealtad hacia un conjunto de supuestos filosóficos, que en realidad han limitado el crecimiento teórico y la innovación empírica —y esto apartando de un todo cualesquiera anomalías empíricas que estén asociadas a tal programa de investigación. En consecuencia, el estudio del desarrollo moral ha quedado marginado, en gran medida, del contexto más general de la investigación sobre el desarrollo cognitivo y social. Los debates y temas que en un tiempo giraban alrededor de la teoría de las etapas morales, y que le daban un excitante impulso a la investigación, ahora despiertan poco interés, y no por el simple hecho de que todas las viejas disputas se hayan resuelto. Más bien, lo que sucede es que la tradición evolutivo-estructural no parece ser muy relevante respecto a las preocupaciones contemporáneas sobre la naturaleza del carácter moral y sobre cómo se inculca y desarrolla éste. Además de que proporciona pocas orientaciones para los padres, y no se diga para los educadores, sobre cómo alentar las disposiciones morales cruciales de los niños pequeños, y, de hecho, apenas si proporciona un delgado marco para entender en líneas más generales el comportamiento moral de los niños pequeños.

Más aún, la tradición evolutivo-cognitiva no ofrece mucha ayuda para entender cómo encaja el razonamiento moral con las tendencias generales del desarrollo en otros dominios. De hecho, la descripción evolutivo-cognitiva del agente moral, en cualquier etapa del desarrollo, no es la más adecuada para la integración con otros dominios de la investigación psicológica, principalmente, porque sus supuestos básicos y sus compromisos filosóficos son difíciles de vincular con la investigación psicológica contemporánea. Con el resultado de que comprendemos muy poco cómo se relaciona el razonamiento moral con el resto de los procesos y constructos psicológicos. Por ejemplo: ¿Cómo se relaciona el razonamiento con la memoria, y con los procesos metacognitivos y emocionales? ¿Cómo se relaciona el razonamiento con la emergencia y elaboración de la autorregulación y de la autoidentidad? ¿Cómo se relaciona con los mecanismos del aprendizaje cognitivo? Tampoco comprendemos bien cómo es afectado el comportamiento moral por las variables personalógicas y situacionales.

También es cierto, por supuesto, que los investigadores de estos otros dominios rara vez deducen cuáles son las implicaciones de su trabajo para entender el funcionamiento moral. Pero hubo una época en la que el desarrollo moral estaba en el centro de la investigación sociocognitiva, en la que sus implicaciones para otros dominios evolutivos eran obvias, y en la que su agenda de investigación definía el paradigma de la investigación evolutiva. Por eso es un hecho tan llamativo, lo poco que la investigación evolutiva contemporánea requiere de los hallazgos o de los alegatos del enfoque evolutivo-cognitivo del razonamiento moral. En lugar de eso, uno queda con la impresión, al leer los libros de texto actuales, que la tradición kohlbergniana ahora es considerada por su importancia histórica, más que por ser un paradigma que aborda asuntos de crucial interés para los investigadores contemporáneos.

Un nuevo punto de partida

No obstante, nosotros sostenemos que la psicología moral se halla ante una importante encrucijada. A nuestro modo de ver, el evidente declive de la tradición evolutivo-cognitiva abre nuevas oportunidades para la innovación teórica, algunas de las cuales saltan a la vista en ciertas contribuciones recientes a la psicología moral. Si bien estos trabajos recientes han producido importantes avances en materias como, pongamos por caso, los parámetros de la racionalidad centrada en dominios (Turiel, 1983; 1998; Nucci, 1982, 2001) o los componentes de un funcionamiento moral efectivo (Rest et. al., 1999), la psicología moral todavía se define principalmente mediante términos familiares a la tradición evolutivo-cognitiva. Términos que, de hecho, implican asumir como punto de partida ciertos supuestos evolutivo-cognitivos (tal como veremos más adelante).

Nosotros asumimos un punto de partida algo distinto. A nuestro modo de ver, en la “era post-Kohlbergniana”, las líneas de investigación más productiva se hallarán buscando posibilidades de integración con otros dominios de la investigación psicológica. En particular, sostenemos que ciertas literaturas cognitivas y socio-cognitivas pueden ser una poderosa fuente de nuevas luces para comprender el funcionamiento moral, a pesar de que rara vez son invocadas con ese propósito. De hecho, la introducción de la teoría socio-cognitiva a la psicología moral ofrece enormes posibilidades para una mejor integración (Lapsley y Narváez, 2004); y abriría la psicología moral a las teorías, constructos y tácticas de los estudios que acentúan el papel de lo social y de la personalidad social, con lo cual se podrían generar agudas descripciones del carácter, identidad y personalidad morales (Lapsley, 1999). Abriría un abanico más amplio de opciones teóricas para conceptualizar la racionalidad moral. Reubicaría al estudio del funcionamiento moral dentro de las principales corrientes de la investigación psicológica sobre la cognición, la memoria, la cognición social y el procesamiento de información. Y animaría a los investigadores a tomar en cuenta toda la gama de literaturas evolutivo-cognitivas, en busca de nuevos ángulos para enfocar la emergencia del funcionamiento moral, incluyendo aquellos que abordan la motivación, el desarrollo de la personalidad, la formación del sí mismo, y la capacidad para autorregularse.

En este ensayo mostraremos cómo una descripción socio-cognitiva de la activación del conocimiento, puede aplicarse provechosamente a cierto número de cuestiones de la psicología moral. Pero primero revisaremos la prolongada búsqueda de una apropiada relación entre la ética y la psicología. En buena medida, se trata de reflexionar sobre la relación entre la filosofía moral y la psicología moral, aunque sólo sea para ayudarnos a diagnosticar la comprometida situación ante la cual se halla la psicología moral contemporánea.

En la próxima sección, entonces, tocamos dos puntos. Primero, argumentamos que el intento de Kohlberg por *moralizar* la psicología, es decir, su intento por transformar el estudio del comportamiento moral apelando a un conjunto de suposiciones y definiciones filosóficas, traídas desde la ética, ha tenido el efecto no deseado de aislar la investigación en psicología moral respecto a los avances en otros dominios psicológicos, dejándola al margen de la investigación psicológica contemporánea. Así, nuestro modo de valorar la solución de Kohlberg al “problema limítrofe” entre la ética y la psicología constituye un diagnóstico del estado actual de este campo de estudio. Siendo nuestro remedio para la marginalización de la psicología moral, *más psicología*. Esto es, sugerimos que la próxima generación de investigaciones haría bien en *psicologizar* la moralidad, en lugar de proseguir con la psicología moralizada por la cual abogaba la tradición evolutivo-cognitiva. Segundo, argumentaremos que el desplazamiento hacia una moralidad psicologizada concuerda con la perspectiva emergente de la ética naturalizada (véase a McKinnon, 2005), la cual intenta fundamentar la ética normativa sobre una descripción defendible de la naturaleza humana. A nuestro modo de ver, una moralidad psicologizada y una ética naturalizada apuntan hacia una problemática común, que es la de cómo dar cuenta de la “personalidad moral”.

Problemas limítrofes

Una de las grandes anécdotas de este siglo ha sido la asombrosa reconciliación entre la filosofía moral y la psicología moral. Esto se lo debemos a Kohlberg. En muchas formas, el enfoque evolutivo-cognitivo se hizo posible gracias a los recursos filosóficos de la ética deontológica Kantiana. En efecto, Kohlberg sostuvo que el estudio del desarrollo moral debe comenzar con ciertos supuestos metaéticos que definen al juicio moral (Kohlberg, Levine y Hower, 1983). Esto es, la teoría ética normativa queda encargada de definir cuál es el dominio del razonamiento sobre la justicia. Armado con estos recursos éticos, Kohlberg pudo arrebatarles más fácilmente el estudio de la moralidad a los conductistas y psicoanalistas, así como proporcionar un patrón mediante el cual criticar a otras teorías evolutivas.

En consecuencia, la adopción del formalismo filosófico por parte de Kohlberg no sólo le permitió librar a la psicología moral de las ataduras de los paradigmas psicológicos alternativos, sino que también le proporcionó una vía para articular y definir la opción evolutivo-cognitiva (Kohlberg, Levine y Hower, 1983). La influencia de Kohlberg fue tan poderosa, que ahora, parte de la concepción heredada en el estudio del desarrollo moral, es

la idea de que el análisis filosófico debe preceder al análisis psicológico. Tal como lo expresó Turiel (1998), un resultado de la duradera influencia de Kohlberg es que “hay un mayor reconocimiento de la necesidad de fundamentar las explicaciones psicológicas en consideraciones filosóficas sobre la moralidad” (p. 868). De hecho, Kohlberg reunió a las disciplinas de la ética y la psicología de un modo tan sorprendente que hubo un tiempo en el cual nos atrevimos a pensar que podíamos cometer la falacia naturalista ¡y salirnos con la nuestra! (Boyd, 1986; Kohlberg, 1971).

A pesar de que hay un acuerdo casi universal de que al adoptar una visión filosófica de la moralidad, Kohlberg tuvo un efecto liberador sobre la psicología moral, o de hecho, *hizo posible a la psicología moral*, también hay una creciente ansiedad sobre cómo y dónde restablecer las fronteras entre las dos disciplinas. Blasi (1990) sostuvo que la filosofía moral ha tenido cierto número de efectos colaterales sobre la psicología moral. Por ejemplo, al aceptar una particular definición filosófica de la moralidad como nuestro punto de partida, hemos estrechado el alcance de la indagación, excluyendo, por ejemplo (y estos son los ejemplos de Blasi): aquellas materias que se desprenden de consideraciones sobre la benevolencia y la afiliación, aquellas vinculadas a la obediencia y a una apropiada relación con la autoridad, las referidas a la ultraobligación, y las relacionadas con las obligaciones personales. Sería fácil multiplicar los ejemplos de tópicos que han sido relegados porque se eligió a la justicia como el punto de partida.

Un segundo problema es que cuando asumimos una tradición filosófica en particular como punto de partida, entonces los términos clave para dirimir las disputas psicológicas se apartan demasiado fácilmente de las consideraciones estrictamente psicológicas sobre la teoría, el método y los datos, hacia la coherencia o adecuación de los argumentos filosóficos o metaéticos. Las consideraciones estrictamente filosóficas se insinúan en la evaluación de la teoría psicológica, y como resultado, las objeciones filosóficas son inapropiadamente empleadas para descalificar las pretensiones empíricas de una teoría. La teoría de Kohlberg ha sido el blanco de muchas críticas por este estilo, a las cuales Blasi llama “el argumento mixto”, aunque también se le podría llamar “culpable por asociación”. Así, de acuerdo a este género de crítica, la teoría de Kohlberg puede ser fácilmente descartada, a causa de su afinidad con Kant, Rawls o Platón, pues, como todo el mundo sabe, los puntos de vista de Kant, Rawls y Platón son sencillamente absurdos. Según parece, si los compromisos filosóficos de un autor se consideran necedades, entonces su teoría psicológica será, de este modo, culpable por asociación.

Sin embargo, a riesgo de “culpabilizar a la víctima”, también deberíamos señalar que la teoría de Kohlberg ha provocado la clase de críticas que ha recibido, en al menos dos formas. Una forma obvia, surge del hecho de que la teoría de Kohlberg es un intento explícito de usar datos empíricos para resolver controversias filosóficas, es decir, de usar recursos psicológicos para derrotar al relativismo ético. Entonces, dado este proyecto, no debería sorprender que las críticas filosóficas se hicieran presentes en la evaluación de la teoría psicológica.

Una forma más sutil, en que la teoría de Kohlberg ha provocado u ocasionado la proliferación de los argumentos mixtos en la psicología moral, tiene que ver con el modo en que Kohlberg usó la llamada “tesis de la complementariedad” para definir la relación entre

la teoría ética normativa y la teoría psicológica. Según su perspectiva, la teoría ética normativa es necesaria para definir qué es lo que va a contar como razonamientos sobre la justicia. La misma proporciona tanto categorías que van a ser usadas a fin de reconstruir las intuiciones morales de los sujetos, como una concepción del *telos* del razonamiento moral, el ideal moral. Esta concepción provee la guía que permite la reconstrucción de las justificaciones morales de los sujetos, mediante etapas del razonamiento sobre la justicia. Dándole a la teoría ética normativa un rol a jugar en la explicación de las etapas psicológicas. Esto ayuda a explicar por qué, por ejemplo, los sujetos prefieren la perspectiva de las etapas superiores —porque son más adecuadas, y la teoría filosófica nos dice *por qué* son más adecuadas. Cada etapa sucesiva es una mejor perspectiva filosófica de la justicia, cuya adecuación puede ser apreciada haciendo referencia a la teoría ética normativa. Así, decir que una etapa superior es *filosóficamente* una etapa mejor, se vuelve parte de la explicación *psicológica* de la secuencia de desarrollo (Kohlberg, 1971).

La teoría filosófica, entonces, nos ayuda a darle sentido a los datos psicológicos. En consecuencia, “nuestra teoría”, escriben Kohlberg y sus colegas, “requiere un análisis filosófico moral, así como uno científico social” (Kohlberg, Levine y Hower, 1983, p. 14). Pero aquí hay una relación de complementariedad, pues la teoría empírica, también, contribuye con la evaluación de cuán adecuada es la teoría ética normativa. Si la teoría psicológica es exitosa, si sus argumentos son puestos a prueba exitosamente, entonces podemos abrigar una mayor confianza en cuanto a los argumentos normativos de la teoría ética. Si en cambio, las presunciones empíricas son refutadas, entonces tenemos bases para poner en duda nuestros compromisos en materia de ética normativa (porque no funcionan *empíricamente*). Entre paréntesis, la idea de que la garantía empírica puede tener implicaciones para la teoría ética es una noción que está en el corazón mismo de la tradición de la ética naturalizada, como veremos más adelante.

Sin embargo, cabe preguntarse hasta dónde llega esa complementariedad. Esto es, si se encuentra que la teoría ética normativa tiene fallas en términos estrictamente filosóficos, ¿debería ese balance tener alguna consecuencia sobre nuestra evaluación de la teoría psicológica? En caso de que el ideal moral sea incoherente ¿llega esa falla a corromper también los argumentos psicológicos de una teoría de etapas? A través de los años, muchos autores lo han pensado así, conduciendo a numerosas críticas filosóficas del ideal ético que Kohlberg considera representado por la etapa seis (Flanagan, 1982; Locke, 1976; May, 1985; Senchuk, 1982; Trainer, 1977). Muchas de estas críticas descartan la teoría de etapas, alegando precisamente deficiencias en la fundamentación filosófica de la última etapa. Blasi (1990) y otros (Puka, 1990) han lamentado este uso de la filosofía en las discusiones psicológicas, pero, en retrospectiva, tal vez era inevitable, dada la manera en que Kohlberg entendía la complementariedad entre la filosofía moral y la psicología moral.

Era inevitable, también, dado el intento de Kohlberg por derrotar al relativismo ético con datos empíricos. Blasi (1990) apuntó que la principal razón por la cual deben evitarse los argumentos mixtos, es porque los psicólogos no deberían tratar de resolver los problemas filosóficos, en primer lugar. Por un lado, la naturaleza de la investigación psicológica se distorsiona cuando se le subordina a responder las interrogantes de los

filósofos. Y por otro, es absolutamente imposible resolver los problemas metaéticos con datos empíricos. De acuerdo a Blasi (1990), los psicólogos...

... no pueden resolver las controversias filosóficas con las herramientas de su disciplina y siguiendo las reglas de la evidencia y la adecuación que definen a la psicología como comunidad científica. Cuando las consideraciones filosóficas se vuelven parte integral de la argumentación empírica, las cuestiones metodológicas, de recolección e interpretación de datos, no pueden aislarse para su escrutinio y crítica. En suma, la comunicación se torna imposible y, como resultado, la existencia misma de la disciplina se ve amenazada (p. 55).

Blasi señala, entonces, tres efectos colaterales y negativos de la influencia de la filosofía moral sobre la psicología moral: estrecha el alcance de la investigación, introduce el argumento mixto dentro del discurso científico, a la vez que desvía y distorsiona el cometido de la indagación psicológica.

El fenomenalismo y el dominio psicológico

Ahora bien, nosotros creemos que hay otro efecto colateral y negativo de los supuestos filosóficos sobre la agenda de investigación de la psicología moral contemporánea. El supuesto del fenomenalismo es uno de los supuestos distintivos de la tradición kohlbergniana, pero también es ampliamente aceptado por programas de investigación alternativos, cuyas raíces provienen de la tradición evolutivo-cognitiva. De acuerdo a Kohlberg, Levine y Hower (1983, p. 69), “el supuesto del fenomenalismo es el supuesto de que el razonamiento moral es el proceso consciente de usar el lenguaje moral ordinario”. La calidad moral de la acción debe definirse desde la perspectiva, juicio e intención subjetivas del agente. Es la resultante del razonamiento explícito, el juicio deliberado, una activa toma de decisiones, y actos similares de esfuerzo cognitivo. El supuesto del fenomenalismo es un punto de partida sobre el cual insiste Blasi (1990). Para él, la moralidad “*por definición*, depende de la perspectiva subjetiva del agente” (p. 59, el énfasis es nuestro). Desde nuestro punto de vista, sin embargo, el supuesto del fenomenalismo ha contribuido con el aislamiento de la investigación sobre el desarrollo moral, respecto a las principales tendencias de la investigación psicológica reciente.

El supuesto del fenomenalismo es considerado necesario para defender la racionalidad moral contra los conductistas que vinculan el comportamiento moral con la operación de contingencias externas. Las actividades *cognitivas* del agente moral racional —interpretación, deliberación, juicio y elección— garantizan una libertad moral radical por el sencillo hecho de que libran al comportamiento humano del “control mediante estímulos”. El cálculo involucrado en la toma de decisiones, por parte del agente moral, es nuestra mejor evidencia de la autonomía moral. El supuesto del fenomenalismo también es necesario para mostrar, en oposición al psicoanálisis, que el funcionamiento moral no es conducido por las pasiones, no es emotivista, no es irracional. No está motivado por fuerzas desconocidas o ajenas a la razón. De hecho, “el supuesto del fenomenalismo implica la referencia a procesos conscientes” (Kohlberg, Levine y Hower, 1983, p. 8).

De allí que el supuesto del fenomenalismo insista en que la cognición, si va a contar como cognición *moral*, debe ser consciente, explícita y realizada con esfuerzo. Un problema con esta formulación es que mucha de nuestra actividad cognitiva no es así en absoluto, sino que se caracteriza por procesos que son tácitos, implícitos y automáticos. De hecho, estas literaturas no podrían tener mayor relevancia para comprender la cognición moral, si el punto de partida filosófico establece el significado de la cognición moral, de modo que solamente involucre procesos controlados y razonamientos deliberados (Narváez y Lapsley, 2005).

En consecuencia, al optar por este punto de partida filosófico, el estudio de la cognición moral queda aislado de los avances en el estudio general de la cognición social. En lugar de eso, se orienta a la psicología moral hacia los casos que mejor concuerdan con los supuestos distintivos del paradigma, es decir, hacia la resolución de dilemas especialmente arduos. Y si bien en una vida moral típica habrá oportunidad para lidiar con esta clase de dilemas, esto de ningún modo da cuenta de todo lo que una robusta psicología moral estaría llamada a explicar. La búsqueda de explicaciones adecuadas para toda la gama de comportamientos humanos moralmente relevantes no debería verse obstaculizada por supuestos filosóficos orientadores, que al restringir a priori las líneas legítimas de investigación, le coloquen una carga adicional inaceptable.

El supuesto del fenomenalismo también sugiere que se *actúa* moralmente sólo si se actúa con base en razones morales explícitas, consciente y deliberadamente invocadas por un agente moral autónomo. Por ende, según este punto de vista, el estatus moral de una acción sólo puede certificarse apuntando hacia el fundamento racional explícito invocado por el agente para justificar o explicar la acción. De acuerdo a Kohlberg, Levine y Hower (1983), “la conducta moral es gobernada por el juicio moral”. Así que para evaluar el comportamiento de otro como moral o inmoral uno debe ser capaz de imputarle un razonamiento moral al agente. De hecho, “el estudio de la conducta moral y del desarrollo moral per se deben considerar los motivos y las construcciones del significado moral que se expresan en los comportamientos” (p. 71).

Una vez más, el supuesto del fenomenalismo le da prioridad a la perspectiva subjetiva del agente, al definir el comportamiento moral (así como el juicio moral), y es un supuesto con el que la mayoría de los investigadores socio-morales puede concordar, independientemente de sus lealtades teóricas particulares (p.ej., Nucci, 2000; Turiel, 1998). Sin embargo, si es cierto que mucho de nuestro funcionamiento sociocognitivo es implícito, tácito o automático, entonces la incidencia del comportamiento moral en los asuntos humanos resultaría escasa y poco común. Los individuos que se involucran en comportamientos morales relevantes, a menudo son poco articulados en cuanto a sus motivaciones, o incapaces de decir cuáles razonamientos pueden haber acompañado una acción. Requerir que el agente se forme un juicio, elija un motivo, o construya un significado moral, antes de que un comportamiento moralmente relevante sea identificado como distintivamente moral es relegar vastas áreas de la vida humana más allá del alcance de la evaluación moral. Gran parte del comportamiento humano sencillamente no calificaría, dada la naturaleza automática y tácita de la cognición social.

Por ello el supuesto del fenomenalismo tiene una consecuencia no deseada. Conduce a una atenuación del dominio moral. Estrecha significativamente el rango de funcionamiento que puede ser blanco de explicaciones legítimas por parte de la psicología moral. En palabras de Iris Murdoch (1992), sugiere que la racionalidad moral y el comportamiento moral son “una actividad ocasional, a tiempo parcial” (p. 297), algún “momento aislado y especializado dentro de un *continuum* de actividad no-moral” (p. 303). Pero esta atenuación se genera de adoptar una cierta posición filosófica sobre la naturaleza del juicio y la acción moral (y no a partir de consideraciones psicológicas)¹.

Esta preocupación por los problemas fronterizos entre las dos disciplinas no debería obscurecer los hechos obvios de que los estudiosos de la ética y los psicólogos tienen mucho que aprender unos de otros y que el diálogo ha sido enormemente productivo. En nuestra opinión, el reciente interés de los psicólogos en cuanto al carácter, la identidad moral y la personalidad moral, fue influido en gran medida por el retorno de la ética de la virtud, desde los márgenes de la reflexión filosófica (French, Uehling, y Wettstein, 1988). La ética de la virtud ha señalado el camino y ha dado a muchos psicólogos una voz conceptual para abordar las cuestiones relacionadas con el sí mismo moral, la identidad moral, el carácter y la personalidad. Más aún, este deseo de muchos psicólogos por expandir el dominio moral para estudiar los temas de la identidad, el carácter y la personalidad, ahora viene aparejado con un movimiento *desde el interior de la ética*, por expandir a la teoría ética más allá de su foco tradicional sobre las preocupaciones estrictamente normativas. En ese sentido hay un creciente reconocimiento de que la ética normativa debe satisfacer unos requerimientos psicológicos mínimos, de manera que sus prescripciones sean posibles “para criaturas como nosotros” (Flanagan, 1991). Como lo expresó Flanagan, “toda concepción moral nos debe, al menos, una especificación parcial de la personalidad y estructura motivacional que espera de los individuos moralmente maduros, así como necesitará constreñirse a ciertas consideraciones realistas” (p. 35).

¹ Una versión más débil del fenomenalismo tan sólo requiere que uno sea capaz de imputar una intención moral creíble al agente. Como lo dicen Kohlberg, Levine y Hower (1983) “nuestros juicios efectivos sobre la naturaleza moral de una acción dependen de imputarle motivos y juicios morales al actor” (p. 71). Esta forma de plantearlo parece permitir la posibilidad de que las intenciones, motivos y juicios relevantes son cosas que pueden resultar más claras de atribuir por parte de los observadores, que de articular por parte de los actores. Permite la posibilidad, en otras palabras, de que los actores tengan los motivos morales apropiados, sin necesariamente estar conscientes de alcanzar decisiones, formarse juicios o apelar a principios. Permite que la intención subjetiva coexista con las realidades de la automaticidad en la cognición social. Esta es una versión más débil del fenomenalismo en dos sentidos. Primero, mantiene la importancia de la intención subjetiva, pero a costa de dejar de exigir que la cognición moral sea un proceso consciente de toma de decisiones. Segundo, en la medida en que incorpora las cualidades automáticas, tácitas e implícitas de la cognición social, resulta menos confiable como base para defender la autonomía moral. Por estas razones no creemos que la versión más débil del fenomenalismo sea la versión que Kohlberg pretendía fuese un supuesto filosófico distintivo de su paradigma, a pesar de sus otros rasgos más bien atractivos.

La moralidad psicologizada y la ética naturalizada

En efecto, la perspectiva de la “ética naturalizada” (May, Friedman y Clark, 1996; McKinnon, 1999, 2005), procura basar la teoría ética en lo que se sabe sobre “motivación humana, la naturaleza del sí mismo, la naturaleza de los conceptos humanos, cómo funciona nuestra razón, cómo estamos socialmente constituidos, y un sinnúmero de otros hechos sobre quiénes somos y cómo opera la mente” (Johnson, 1996, p. 49). Johnson (1996) argumenta, por ejemplo, que cualquier psicología moral razonablemente amplia debe incluir una descripción de la identidad personal, y debe estar adecuadamente fundamentada en los conceptos, constructos y literaturas de la ciencia cognitiva. De modo similar, McKinnon (1999) argumenta que el punto de partida de la teoría ética debería venir dado por los hechos de la naturaleza humana. “Si la ética versa sobre vidas humanas bien vividas”, escribe ella, “entonces ciertos hechos sobre la naturaleza humana deben contar como relevantes al determinar la plausibilidad de cualquier teoría ética” (p. 10). Más aún, el esfuerzo por establecer los hechos adecuadamente, en la ética, “invitará a cooperar con la biología, la psicología, la etología, la sociología, incluso la neuropsicología y la ciencia cognitiva, cuyos hallazgos parecen promisorios para la tarea de darle carne a los detalles de la naturaleza humana” (p. 6). Por ello, una teoría ética que sea naturalizada, atenderá a las realidades empíricas, a las vidas reales y a la manera en que son vividas, con la convicción de que su estrategia metodológica

Será más fructífera para entender las relaciones entre un bien funcional y un bien ético que son típicamente investigaciones metafísicas o esencialistas de la naturaleza de los seres humanos. Estas investigaciones son diseñadas de modo que enfatizen las capacidades racionales de los humanos y que minimicen lo animal, incluyendo los aspectos sociales y emocionales de la naturaleza humana. El resultado es necesariamente una base muy empobrecida sobre la cual construir una narración sobre una buena vida humana (p. 7).

De manera que hay un movimiento importante dentro de la teoría ética, a favor de considerar las literaturas de las psicologías de la personalidad, de la cognición y evolutiva, en busca de luces sobre los parámetros de la virtud y del carácter. A pesar de que cierto número de literaturas psicológicas (p.ej., enfoques socio-cognitivos de la personalidad, la teoría de los esquemas, los modelos provenientes de la ciencia cognitiva sobre el procesamiento de la información, los constructos del sí mismo y la motivación, etc.) son críticamente relevantes para entender el funcionamiento psicológico de la moralidad en general, y de la psicología del carácter, más específicamente, y a pesar de que estas literaturas tienen enormes implicaciones para proporcionar el “mínimo de realismo psicológico” requerido por la ética naturalizada, rara vez son invocados para tal propósito. En consecuencia, muchos constructos psicológicos de importancia aún no están contribuyendo con el trabajo ético, y ni siquiera con el trabajo psicológico sobre la naturaleza del funcionamiento moral, ni están iluminando a los modelos educativos contemporáneos sobre la formación del carácter.

A nuestro modo de ver, la teoría socio-cognitiva cuenta con recursos para conceptualizar los hechos y detalles de la naturaleza humana de un modo que promueva la

construcción de teorías morales integradoras y poderosas, como veremos más adelante. Un enfoque socio-cognitivo también conduce a un cambio de perspectiva en la psicología moral que nos resulta atractivo: si la tradición investigativa Kohlbergniana trajo la ética a la psicología, esta nueva perspectiva revierte la situación trayendo la literatura psicológica a la ética. En otras palabras, si Kohlberg *moralizó* a la psicología, esta nueva perspectiva *psicologiza* a la moralidad. La distinción es crítica. Cuando la psicología es moralizada, entonces las consideraciones filosóficas pasan de contrabando a los argumentos psicológicos, o bien surge la tentación de usar datos psicológicos para resolver cuestiones filosóficas. Entonces, los datos psicológicos se funden con las categorías filosóficas de la teoría ética normativa, conduciendo a los lamentables “argumentos mixtos” en la evaluación de la teoría psicológica, señalados por Blasi (1990).

Más aún, una psicología moralizada tiende a adoptar modelos estrictamente filosóficos de racionalidad moral, que constriñen o prohíben opciones teóricamente legítimas en la investigación psicológica. Nótese, por ejemplo, cómo el estudio del carácter fue simplemente declarado fuera de juego por la tradición Kohlbergniana, en parte sobre la base de que la investigación sobre el carácter no contribuye a resolver el problema filosófico del relativismo ético. Sin embargo, cuando la moralidad es *psicologizada*, entonces el funcionamiento moral es abordado con las herramientas, teorías, métodos y literaturas propias de la investigación psicológica. En la próxima sección, mostraremos cómo ciertas ramas de la investigación sociocognitiva pueden aplicarse provechosamente al estudio de estos temas comunes (véase también Narváez y Lapsley, 2005).

La activación del conocimiento y la personalidad moral

De acuerdo a Tory Higgins (1999), uno de los principios generales de la activación del conocimiento es la *accesibilidad*. La accesibilidad puede definirse como el potencial de activación del conocimiento disponible. Mientras más frecuentemente sea activado un constructo, o más recientemente se le haya estimulado, más accesible debería estar para el procesamiento de la información social. Además, los constructos que se hayan activado frecuentemente, con el correr del tiempo, deberían ser más fácilmente (o “crónicamente”) accesibles. Y, puesto que las experiencias sociales de los individuos varían considerablemente, es probable que también debiera haber diferencias individuales en cuanto a la accesibilidad, o incluso, en cuanto a la disponibilidad de constructos cognitivos.

La accesibilidad, entonces, es una variable personal. Es una dimensión de las diferencias individuales. De modo que uno de los factores que influye sobre la probabilidad de que alguna estructura de conocimiento almacenado sea activada, es su accesibilidad. Así como debería haber diferencias individuales en cuanto a la facilidad con que ciertos constructos son utilizados. Ya hay una abundante literatura que da fe de los efectos de la cronicidad en el procesamiento de la información social (Bargh y Ferguson, 2000; Bargh, 1997). Las diferencias individuales en la accesibilidad crónica de los constructos influyen sobre el procesamiento de la información conductual. Los constructos crónicamente accesibles se hallan a un mayor nivel de activación que los constructos inaccesibles (Bargh,

y Pratto, 1983), y son procesados de un modo tan eficiente que se aproxima a la *automaticidad*. Los constructos crónicamente accesibles influyen sobre la impresión que uno se forma de otras personas, así como sobre el recuerdo e interpretación de los acontecimientos sociales. De allí que dos individuos, cada uno con constructos accesibles únicos y que no se solapan entre sí, tiendan a tener impresiones o recuerdos muy diferentes del mismo evento.

La noción de que la cronicidad es una de las variables de las diferencias individuales, es ampliamente aceptada en las descripciones sociocognitivas de la personalidad. El enfoque sociocognitivo generalmente describe las “variables personales” disposicionales, no en términos de rasgos independientes del contexto, sino como “unidades cognitivo-afectivas” o representaciones mentales que subsumen diversos contenidos. “Esto abarca la codificación o interpretación que la persona hace del sí mismo y de situaciones, metas perdurables, expectativas y estados emocionales, así como recuerdos específicos de las personas y eventos que se han experimentado, y un sinnúmero de competencias y habilidades particularmente importantes para la auto-regulación” (Shoda, Tiernan y Michel, 2002, p. 317). Más aún, las representaciones cognitivo-afectivas presentan distintos grados de activación. Algunas unidades son relativamente difíciles de emplear o inaccesibles, mientras que otras están crónicamente accesibles. Además, las representaciones cognitivo-afectivas también pueden ser estimuladas situacionalmente, lo cual sugiere que la activación de esquemas es un proceso que está en interacción dinámica con señales contextuales.

El enfoque sociocognitivo de la personalidad parecería, entonces, tener un cierto número de ventajas críticas para la conceptualización de las rasgos disposicionales de la personalidad, junto con su variabilidad contextual, pero hasta ahora no ha sido invocado para dar cuenta de ningún rasgo del funcionamiento moral. Sin embargo, cuando esta perspectiva es aplicada al dominio moral, o, alternativamente, cuando el dominio moral es *psicologizado* por esta teoría socio-cognitiva, un cierto número de opciones provechosas se hace evidente. Por mencionar una, esta teoría tiene implicaciones para el modo de conceptualizar a la personalidad moral o a la identidad moral. Blasi (1984) ha argumentado que uno tiene una identidad moral precisamente cuando las categorías morales son esencial o centralmente importantes para la comprensión de uno mismo. Aquí nosotros añadiríamos que las categorías morales que sean esencial o centralmente importantes para la comprensión de uno mismo, también serán las que estén crónicamente accesibles para la interpretación del paisaje social. Tales categorías estarían constantemente “en línea”, o al menos serían fácil y rápidamente estimuladas o activadas para procesar la información social. Y una vez activados, estos constructos morales dispondrían al individuo a interpretar y juzgar situaciones según lineamientos morales.

Adicionalmente, la perspectiva socio-cognitiva sugeriría que los rasgos, virtudes y otros aspectos disposicionales del carácter moral se conceptualizan mejor en términos de unidades cognitivo-afectivas: constructos personales, estructuras de conocimiento, categorías y esquemas crónicamente accesibles. Los individuos virtuosos, según este punto de vista, serían aquellos para quienes las categorías morales estarían crónicamente accesibles, al valorar e interpretar el paisaje social. Más aún, esta perspectiva sugiere una

nueva interpretación de las orientaciones morales o “voces” morales (p.ej., Gilligan, 1982). Para algunos de nosotros, lo crónicamente accesible son los asuntos relacionados con la justicia, mientras que para otros pueden ser la benevolencia, la fe, la templanza o la valentía. Y de hecho, para muchos otros, habrá categorías crónicamente accesibles muy poco relacionadas con la moralidad. De modo que, no sólo hay diferencias individuales en cuanto a cuán accesibles son los esquemas de relación con lo moral (vs. esquemas no-morales o hasta viciosos), sino que incluso dentro del dominio moral, sin duda hay diferencias individuales respecto a qué virtudes, categorías u orientaciones morales están accesibles.

Finalmente, un modelo de cronicidad puede brindarle una nueva perspectiva a nuestra comprensión de las personas “moralmente ejemplares”. En un estudio que representa un hito fundamental, Colby y Damon (1994) han mostrado que las personas moralmente ejemplares no ven a sus extraordinarios compromisos como algo que se deriva de decisiones tortuosas e interminablemente calculadas. Ellos no ven sus elecciones como dilemas que requieran una prolongada deliberación. Al contrario, ellos parecen saber cuál es la acción correcta y apropiada, por así decirlo de modo *automático*, sin necesidad de dedicarles grandes recursos cognitivos. A este respecto resulta interesante que salvo eso, la mayoría de los ejemplares incluidos en ese estudio eran convencionales, en cuanto a la etapa de su razonamiento moral. Nosotros sospechamos que la automaticidad característica de las personas moralmente ejemplares se deriva del hecho de que para estos individuos las categorías morales son sobresalientes, crónicamente accesibles, fácilmente estimuladas y rápidamente utilizadas.

Resumen y conclusión

En estas páginas hemos tratado de ilustrar las virtudes de psicologizar el estudio del funcionamiento moral mostrando cómo es posible una integración significativa de la psicología moral y de las literaturas de la ciencia socio-cognitiva. En particular, hemos llamado la atención hacia la accesibilidad de esquemas como un principio general de la activación del conocimiento; hacia las diferencias individuales en cuanto a la cronicidad moral; y hacia los rasgos tácitos, implícitos y automáticos de la cognición social. Además, la aplicación de la teoría sociocognitiva a la psicología moral permite anticipar al menos cuatro hechos novedosos sobre el funcionamiento moral personal y moral cognitivo: (1) proporciona una definición tentativa de la identidad moral, (2) proporciona una descripción socio-cognitiva de los rasgos disposicionales del carácter moral, (3) proporciona una explicación de la diversidad de “voces” y orientaciones morales, y (4) proporciona una explicación de la automaticidad del funcionamiento moral exhibido por las personas moralmente ejemplares.

Por cierto, la metáfora de la visión parece especialmente útil al enfrentarnos con el problema de qué significa ser una persona moral. A ese respecto se ha dicho que “lo que *vemos* depende de quiénes *somos*” (Meilaender, 1984). Esto es, nuestra valoración del paisaje moral, nuestra visión moral, y nuestra mismísima habilidad para llegar a notar

dilemas, dependen de nuestro carácter. Una personalidad moral *vería* mejor los rasgos problemáticos de una situación. Lo que vemos depende de quiénes somos, pero quiénes somos gira, sostenemos nosotros, sobre los tipos de estructuras socio-cognitivas (esquemas, expectativas, guiones) que son fácilmente estimulados, fácilmente activados y crónicamente accesibles para darle sentido a nuestra experiencia. Para ponerlo simplemente, una persona moral, una que tiene una identidad moral y es virtuosa, es una para quien las categorías morales están crónicamente accesibles para valorar e interpretar la realidad social, para hacer elecciones y para guiar el comportamiento. Los individuos que no son conocidos por sus virtudes morales, y los individuos verdaderamente viciosos, sin duda tendrán otros esquemas crónicamente accesibles.

Finalmente, también tocamos la cuestión de los límites entre los enfoques ético y psicológico del funcionamiento moral. Sostuvimos que el enfoque socio-cognitivo de la personalidad moral restablece la frontera entre la teoría ética y la teoría psicológica, en la medida en que nos movemos *desde* una psicología moralizada *hacia* una moralidad psicologizada. Aunque esto nos exige reconsiderar el principio del fenomenalismo como base para la colaboración, la perspectiva socio-cognitiva proporciona una base para la colaboración que actualmente se está produciendo en el campo emergente de la ética naturalizada, con los estudiosos de la ética, con quienes nos encontramos como compañeros de viaje en las encrucijadas de la psicología moral.

En efecto, es claro que nos encontramos en un punto donde las tendencias emergentes en la psicología moral y en la ética están alcanzando una coyuntura común. Por ejemplo, la creciente atención que se le dedica a la personalidad, carácter e identidad morales en ambas disciplinas es el resultado de un movimiento desde dos direcciones. Resulta del deseo, dentro de la psicología, de expandir el alcance explicativo de la psicología moral más allá de las estructuras del razonamiento sobre la justicia, y del deseo, dentro de la ética, de fundamentar la teoría ética sobre una versión defendible de la psicología moral. Las tendencias que surgen desde el interior tanto de la psicología como de la ética, apuntan hacia un mayor interés en las virtudes, el carácter y la identidad moral. La moralidad psicologizada y la ética naturalizada, entonces, se asientan sobre una problemática común, y es nuestra esperanza que los avances en la investigación socio-cognitiva rindan importantes dividendos.

Referencias

- Bargh, J. A. (1997). The automaticity of everyday life. En *The Automaticity of Everyday Life*, ed. R. S. Wyer, Jr. Advances in Social Cognition, vol. 10, 1–61. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Bargh, J. A., and M. J. Ferguson (2000). Beyond behaviorism: On the automaticity of higher mental processes. *Psychological Bulletin* 126:925–45.
- Bargh, J., and F. Pratto (1986). Individual construct accessibility and perception selection. *Journal of Experimental Social Psychology* 22:293–311.

- Blasi, A. (1984). Moral identity: Its role in moral functioning. En *Morality, Moral Behavior, and moral Development*, ed. W. M. Kurtines and J. J. Gewirtz, 128–39. New York: John Wiley and Sons.
- Blasi, A. (1990). How should psychologists define morality? or, The negative side effects of philosophy's influence on psychology. En *The Moral Domain: Essays on the Ongoing Discussion between Philosophy and the Social Sciences*, ed. T. Wren, 38–70. Cambridge, MA: MIT Press.
- Boyd, D. (1986). The ought of is: Kohlberg at the interface between moral philosophy and developmental psychology. En *Lawrence Kohlberg: Consensus and Controversy*, ed. S. Modgil and C. Modgil, 43–64. Philadelphia: Falmer Press.
- Colby, A., and W. Damon (1992). *Some Do Care: Contemporary Lives of Moral Commitment*. New York: Free Press.
- Flanagan, O. (1982). Moral structures? *Philosophy of the Social Sciences* 12:255–70.
- Flanagan, O. (1991). *Varieties of Moral Personality: Ethics and Psychological Realism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- French, P. A., T. E. Uehling, Jr., and H. Wettstein, eds. (1988). *Ethical Theory: Character and Virtue*. Midwest Studies in Philosophy, vol. 13. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Gilligan, C. (1982). *In a Different Voice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Higgins, E. T. (1999). Persons and situations: Unique explanatory principles or variability in general principles? En *The Coherence of Personality: Social-cognitive Bases of Consistency, Variability and Organization*, ed. D. Cervone and Y. Shoda, 61–93. New York: Guilford Press.
- Johnson, M. (1996). How moral psychology changes moral theory. En *Mind and Morals: Essays on Cognitive Science and Ethics*, ed. L. May, M. Friedman, and A. G. Clark, 45–68. Cambridge, MA: MIT Press.
- Kohlberg, L. (1971). From is to ought: How to commit the naturalistic fallacy and get away with it in the study of moral development. En *Cognitive Development and Epistemology*, ed. T. Mischel, 151–235. New York: Academic Press.
- Kohlberg, L., C. Levine, and A. Hewer (1983). *Moral Stages: A Current Formulation and a Response to Critics*. Contributions to Human Development, vol. 10. New York: Karger.
- Lapsley, D. K. (1996). *Moral Psychology*. Boulder, CO: Westview Press.
- Lapsley, D. K. (1999). An outline of a social-cognitive theory of moral character. *Journal of Research in Education* 8:25–32.
- Lapsley, D. K. (2006). Moral stage theory. In *Handbook of Moral Development*, ed. M. Killen and J. Smetana. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

- Lapsley, D. K., and D. F. Narvaez (2004). A social cognitive approach to the moral personality. In *Moral Development, Self and Identity. Essays in Honor of Augusto Blasi*. Eds. D. K. Lapsley and D. F. Narvaez. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Locke, D. (1976). Cognitive stages or developmental phases? A critique of Kohlberg's stagestructural theory of moral reasoning. *Journal of Moral Education* 8:168–81.
- May, L. (1985). The moral adequacy of Kohlberg's moral development theory. In *Moral Dilemmas*, ed. C. Hardin, 115–36. Chicago: Precedent.
- May, L., M. Friedman, and A. G. Clark (1996). *Mind and Morals: Essays on Cognitive Science and Ethics*. Cambridge, MA: MIT Press.
- McKinnon, C. (1999). *Character, Virtue Theories, and the Vices*. Peterborough, Ontario: Broadview Press.
- McKinnon, C. (2005). Character Possession and Human Flourishing. En *Character Psychology and Character Education*, eds. D. K. Lapsley and F. C. Power. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Meilaender, G. (1984). *The Theory and Practice of Virtue*. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Murdoch, I. (1992). *Metaphysics as a Guide to Morals*. London: Penguin Books.
- Narváez D. and D. K. Lapsley (2005). The Psychological Foundations of Everyday Morality and Moral Expertise. En *Character Psychology and Character Education*, eds. D. K. Lapsley and F. C. Power. Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Nucci, L. (1982). Conceptual development in the moral and conventional domains: Implications for values education. *Review of Educational Research* 49:93–122.
- Nucci, L. (2000). The promise and limitation of the moral self construct. Presidential address delivered at the thirtieth annual meeting of the Jean Piaget Society, Montreal, June 3. <http://tiger.uic.edu/~lnucci/MoralEd/articles/nuccipromise.html>.
- Nucci, L. (2001). *Education in the Moral Domain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Puka, B. (1990). Toward the redevelopment of Kohlberg's theory: Preserving essential structure, removing controversial content. In *Handbook of Moral Behavior and Development*, vol. 1, *Theory*, ed. W. Kurtines and J. Gewirtz, 373–94. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Rest, J., D. Narvaez, M. J. Bebeau, and S. J. Thoma (1999). *Postconventional Moral Thinking: A Neo-Kohlbergian Approach*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Senchuk, D. M. (1982). Contra-Kohlberg: A philosophical reinterpretation of moral development. *Educational Theory* 31:259–73.

- Shoda, Y., S. L. Tiernan, and W. Mischel (2002). Personality as a dynamical system: Emergence of stability and distinctiveness from intra- and interpersonal interactions. *Personality and Social Psychology Review* 6:316–25.
- Trainer, F. E. (1977). A critical analysis of Kohlberg's contributions to the study of moral thought. *Journal for the Theory of Social Behavior* 7:41–63.
- Turiel, E. (1983). *The Development of Social Knowledge: Morality and Convention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Turiel, E. (1998). The development of morality. En *Social, Emotional and Personality Development*, ed. N. Eisenberg. Handbook of Child Psychology, 5th ed., vol. 3, ed. W. Damon, 863–932. New York: John Wiley and Sons.

Traducción de Levy Farías

Sobre los autores:

Dan K. Lapsley es Profesor Colegiado y Jefe del Departamento de Psicología de la Universidad de Notre Dame, así como Coordinador Académico de la Alianza para la Educación Católica. Recibió su Ph.D. en Psicología Educativa de la Universidad de Wisconsin-Madison en 1982. Entre los numerosos libros y artículos de los cuales es autor o coautor, figuran: *Moral Education: a Handbook* (2008); *Moral Psychology* (1996); *The challenge of pluralism: Education, politics and values* (1992). Y entre otras distinciones, es miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional para la Educación Moral, y de los comités editoriales del *Journal of Educational Psychology* y del *Journal of Early Adolescence*.

Correo-e: danlapsley@nd.edu

Página web: <http://web.mac.com/dklapsley/iWeb/Personal/Welcome.html>

Darcia Narváez es Profesora Asociada en el Departamento de Psicología, y Directora del *Collaboration for Ethical Development*, de la Universidad de Notre Dame. Obtuvo su Ph.D. en Psicología Educativa de la Universidad de Minnesota en 1993. Entre muchos otros trabajos, es autora o coautora de *Nurturing Character in the Classroom* (2009); *Postconventional Moral Thinking* (1999); *Moral Development in the Professions: Psychology and Applied Ethics* (1994). Es Miembro de la American Psychological Association, y ha recibido varios galardones por sus libros, siendo el último de ellos el Premio de la American Educational Research Association, por *Personality, Identity, and Character: Explorations in Moral Psychology* (2009).

Correo-e: dnarvaez@nd.edu

Página web: <http://www.nd.edu/~dnarvaez/>
